

# Benavente, en bata y con zapatillas

Don Jacinto Benavente era quizá la única persona importante de la vida literaria a quien no conocíamos personalmente, ni siquiera habíamos visto en sitio alguno. Por fotografía ya nos era bastante conocido, pero nada más. Unos decían que era muy bajito y algo cascarrabias, otros aseguraban que hablaba poco, como Azorín, y hasta alguna vez oímos que era elocuente en la conversación como una doncella cualquiera de sus comedias. Pero nosotros nada podíamos saber concretamente, porque nada habíamos visto.

Baroja nos facilitó la entrevista dándonos una carta de presentación. Fuimos a ver a Benavente. No telefoneamos antes porque don Jacinto no figura en la lista, y no es porque no tenga teléfono, sino, al parecer, porque está a nombre de un pariente suyo.

Nuestro Premio Nóbel vive en la calle de Atocha, en una casa oscura, bastante triste, entre comercios de tejidos, tiendecillas variadas y la algarazara de toda una irresistible chiquillería que ha elegido la plaza de Santa Ana para jugar al asalto. Afortunadamente, la casa es amplia y ya dentro de ella se extingue todo el griterío del tráfico y de la chiquillería.

Al abrirse la puerta, el visitante tiene la impresión de que entra en una casa burguesa. La doncella que abre la puerta, con su cofia blanca y vestido negro, recoge la carta y nos dice si esperamos contestación. Le decimos, naturalmente, que sí. Mientras tanto, vemos una puerta abierta en el pasillo y a través de ella, una pieza que parece ser reducida, llena de libros hasta el techo. Todo esto ocurre en unos segundos, porque oímos una voz, allá dentro, como de ventrílocuo, que dice: "Sí, que pase, que pase."

Don Jacinto aparece ante nosotros. Don Jacinto es terriblemente bajo de estatura, y terriblemente calvo, porque no tiene un pelo en la cabeza, ni siquiera como recuerdo, para que lo viesen las visitas. Como era de esperar, don Jacinto fuma el cigarro habano, que parece el mismo de las fotografías, y viste una bata de invierno, marrón oscuro, con las pueltas de un color más claro.

Pasamos a la pieza de la biblioteca, que es muy reducida, así como apaisada hacia el balcón. Benavente se acerca mucho a nosotros con una silla y nos dice que le hablemos alto, porque no oye más que por el oído derecho. Nos fijamos ahora con más detalle en su persona. Desde luego, la barba blanca es casi una pirria de barba. Al sonreír se ve perfectamente una dentadura postiza, que no está mal, y cuando se lleva el cigarro a la boca también se ve que don Jacinto se cuida las uñas y que las corta muy finamente, dejándolas un poquito largas y ovaladas.

Aparentemente tiene buen aspecto don Jacinto. Parece fibroso, resistente, bastante menos viejo de lo que es.

—Estuve malucho en noviembre. La cosa fué bastante seria, pero, ¡pehs...!, parece que ya pasó --nos dice con su voz profunda de ventrílocuo.

—Esas son bromas, porque usted seguirá trabajando...

—Naturalmente; anteayer leí a la compañía de Lara una comedia, por cierto que me cansó mucho; no está uno para estos trotes.

—¿Qué título lleva?

—¿Cómo dice?

—¿Qué cual es el título?  
Don Jacinto nos mira y luego se queda pensando en lo que podemos preguntarle. Nos decimos, nuevamente que cuál es el título de la nueva comedia.

Don Jacinto lo oye por fin y, dando un salto de regocijo en la butaca, chupa del puro profundamente y nos dice:

—La comedia se titula "Hijos padres de sus padres". Es una obra que llevará Lola Membrives a Buenos Aires, pero como Lola tardará en regresar lo menos un año, me la ha pedido Conrado

Blanco para el Lara, y yo se la he dado. Creo que pronto van a ensayarla. Tengo otra para la compañía Lope de Vega, de Tamayo, que se titula "El bufón de Hamlet". Está ya entregada y no sé cuando la estrenarán.

—¿Y no tiene más?  
—Pues sí; tengo empezada una cosa para María Guerrero y Roméu, pero no sé si podré acabarla. Está uno ya muy cansado y no quisiera hacer más.

—Eso ya lo dice desde hace veinte años. Además, para usted es como si hiciese gimnasia.

—Sí, sí; gimnasia. Escribo porque hay que ganar para vivir. Entre 1952 y 1953 he pagado más de 800.000 pesetas a la Hacienda. Los ministros no sé qué idea tienen de lo que es la literatura española. Diga usted que yo, con mi repertorio, voy defendiéndome así, así...

—Bueno, bueno, don Jacinto. —Le digo a usted que nada más que defendiéndome. ¡Si yo al año, entre boticas y médicos tengo un gasto de 50.000 pesetas!...

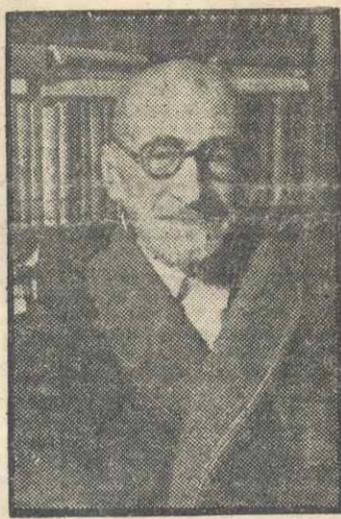
Don Jacinto va a los estrenos, pero se queda en el saloncillo de los teatros jugando al ajedrez.

—Como no oigo nada no quiero quedarme en la butaca, porque tendría que preguntar al que tuviese al lado y pueden creer que voy de reventador. He probado todos esos aparatos para la sordera, pero ninguno me hace gracia. Lo que hacen es aumentar la voz del que le habla a uno, y yo, para ese viaje, no necesito alforjas. Lo que quiero es que me hablen bajo y claro.

Don Jacinto sigue chupando del cigarro con gran deleite y deposita la ceniza en un cenicero de pie derecho, que representa un criado con patillas, vestido de etiqueta.

—Fumo al día tres o cuatro cigarros habanos y diez o doce cigarrillos; claro que nunca tragué el humo y que, además, los habanos los tiro a la mitad. Los médicos no me lo han prohibido nunca, porque si fumando he llegado a los ochenta y ocho años...

—¿Y a qué horas trabaja usted, don Jacinto?



—Yo no tengo horas, o mejor diría, plan de trabajo. Escribo hasta que me canso. Por las mañanas no me levanto; por las tardes, entre cartas y visitas, no tengo nunca libre y entonces, lo que hago es escribir por la noche. En el campo es otra cosa; escribo día y tarde.

Sabemos que don Jacinto está al corriente de la vida literaria y teatral, como si tuviese veinte años. Le preguntamos qué nombres de escritores le parecen más importantes.

—Nombres...; eso de los nombres no me gusta decirlo, porque si se me olvida uno, luego es para disgustos. Diga usted que todos están muy bien y que todos son muy buenos.

Se habla también de las últimas obras estrenadas en Madrid, y don Jacinto pregunta:

—¿Qué hace ahora Alfonso Sastre? ¿Ha venido Buero Vallejo de Barcelona? Lei que la noche del estreno se había parado el reloj de la escena... Sin duda los tramoyistas le dieron un golpe. Aparte de ser brutos los pobres, tienen bastante mala idea.

—¿Usted cree, don Jacinto?

—Desde luego. Como volvemos a insistir sobre la actualidad y los nuevos valores, don Jacinto dice como confesando un delito:

—Yo leo bastante, sobre todo por las noches, porque es mi defensa, ya que no duermo casi nada. De Prensa veo cinco periódicos y algunas revistas semanales.

También se habla de las posibilidades de antes y ahora para estrenar un novel.

—Antes era más fácil. Ahora el teatro es una industria muy cara y los empresarios se miran bien de lo que se hacen; igualmente el público, que antes de dar treinta pesetas por una butaca se asesora bien, y hasta lo piensa bastante.

La entrevista ha tocado a su fin. Nos despedimos de don Jacinto, que nos acompaña hasta la puerta, saltando como un geniecillo burlón.

—Cuando subió usted, ¿funcionaba el ascensor?

—Funcionaba el ascensor, don Jacinto.

—Pues perfectamente; cúbrase usted antes de salir y dele un abrazo a Baroja de mi parte.

—Adiós, don Jacinto.

Marino GÓMEZ-SANTOS.

"Pueblo" 26. Ene. 1954

## ACLARACION

Recientemente se publicó en PUEBLO una entrevista de nuestro colaborador don Marino Gómez Santos con el ilustre dramaturgo y gloria de nuestra escena don Jacinto Benavente. En dicho trabajo literario, y por parte del entrevistado, se vertían algunos conceptos que han resultado molestos para los profesionales tramoyistas. Únicamente queremos apuntar que PUEBLO no se solidariza, como es lógico, con las manifestaciones hechas por el Premio Nóbel don Jacinto Benavente al periodista. Entendemos que los aludidos profesionales pertenecen a un gremio merecedor de los máximos respetos y que se distinguen precisamente por su entusiasmo y su competencia.

30. Enero. 54